



Invitación a la obra de Gustav Meyrink

Miguel Ángel Romero Méndez*

En 1908 Gustav Meyrink escribió *La visita de JH Oberin a las tempojuelas*, relato que le valió la entrada al olimpo de la literatura fantástica. Para quien no conozca el cuento, éste habla de la investigación que inicia un hombre después de descubrir la inscripción vivo en una lápida. Su búsqueda lo lleva a averiguar que existen ciertas entidades que se alimentan de las esperanzas y sueños no cumplidos de las personas. Las entidades no habitan el mismo plano terrenal que los seres humanos, pero existen. Puede decirse que tienen una realidad ideal, en términos platónicos. Más adelante volveré sobre esto. Es conocida la filiación que Meyrink sentía por los temas esotéricos. La anécdota más conocida es aquella donde, a punto de colgarse, alguien deslizó bajo su puerta una carta con propaganda, donde hablaban de otras vidas. Quizá acosado por la curiosidad, renunció a su suicidio. Es en esta filiación por lo esotérico, lo sobrenatural, donde se ha querido encontrar la raíz de su obra. Un error muy común entre las personas es creer que la imaginación combinada con los gustos, dogmas, ideologías y modo de existencia del escritor, produce los textos que después leemos. Esto es falso. Generalmente el escritor se limita a describir. Más que una sensibilidad superior, lo que el escritor tiene es una vista muy aguda. Meyrink es un caso ejemplar. Nadie, que yo sepa, se ha tomado la molestia de revisar si su lápida tiene la inscripción vivo. Pero, suponiendo que alguien lo haya hecho, seguro no consideró extraño que faltara esa inscripción. Toda su obra es una descripción de cosas que vio y no, como creen todos, de cosas que imaginó. Las tempojuelas, por ejemplo, no son una invención. Lo sé porque yo soy una de ellas.

* Egresado de Licenciatura en Filosofía en el Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades del Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

El primer paso para demostrar que mi afirmación es verdadera sería probar que algo perteneciente al terreno de lo posible pasa al terreno de lo actual. De otra manera, ¿cómo pasa un objeto del mundo nouménico al mundo fenoménico? Por ejemplo, una pintura. El artista hace que pase del terreno de lo posible al terreno de lo actual, es decir, que se dé en el espacio y el tiempo. Sin embargo, no todo lo que se da en el terreno de la imaginación puede darse en el terreno de lo material. Pongamos por caso al Odradek. Nadie, por más que lo intente, podrá hacer que un Odradek exista en el espacio y el tiempo.

Si han puesto atención, no se trata aquí del problema de la existencia, sino del paso de fuera del tiempo y espacio a dentro del tiempo y el espacio. Es posible, desde luego, pero no voy a explicarlo aquí. Como alguna vez dijo Wittgenstein, no voy a hacerles creer que entienden algo que en realidad no entienden. Pero al menos debo explicarles qué somos las tempojuelas. Creo que la mejor manera de explicar nuestra existencia es utilizando la teoría de los mundos de Platón: el mundo ideal y mundo terrenal. Mundo ideal como el arquetipo de este mundo, que es una copia. Nosotros, los seres conocidos como tempojuelas, vivimos en un mundo ideal, pero nuestro mundo no es el arquetipo, al contrario, la copia somos nosotros. Nos alimentamos de los deseos de las personas y también somos lo que ellos no pueden ser. Si ellos son, nosotros no. Ergo, nos conviene que no sean. Lo último que recuerdo de mi vida anterior es que estaba plácidamente sentado, disfrutando de la dialéctica hegeliana. Mi yo de la tierra, mi yo verdadero, aunque imperfecto, había soñado con ser un filósofo y ahora se encontraba encerrado entre pilas de documentos en una oficina de gobierno. Yo, por supuesto, disfrutaba de todas las lecturas que el no podía. Recuerdo que me encontraba recorriendo una de esas inextricables páginas de la *Ciencia de la lógica* cuando escuché un ruido muy fuerte y después me envolvió la oscuridad absoluta. Desperté en una cama de hospital. Los colores eran menos vivos, pero las sensaciones eran más intensas.

Firmé mi alta voluntaria a los tres días, cuando me sentí más adaptado a este nuevo mundo. Fuera vivían otros que, como yo, habían llegado a este mundo, aunque hacía mucho tiempo. Por alguna razón que ignoro, tenía propiedades, me sentía cómodo viviendo en esta nueva realidad y la regla de cuanto peor le fuera a mi yo de la tierra mejor



me va a mí se siguió cumpliendo. Desde entonces he vivido una vida placentera, mejor que la que tienen muchas personas. Podrían definirme como el sosias, pero creo que más bien soy lo que los alemanes llaman *Doppelgänger*. Mi yo originario ni siquiera imagina que sus sufrimientos me benefician y que en cuanto el deje de soñar, de desear, de sentir esperanza, estoy condenado a desaparecer.

Por mi parte, no siento remordimiento alguno por vivir bien a costa de la desgracia ajena. También yo sigo el mandato de Spinoza y me esfuerzo por perseverar en mi ser. A veces, las tempojuelas nos reunimos para compartir nuestra buena fortuna y reír hasta cansarnos. No hay nada de malo en cimentar la felicidad en la ruina de otros. Nada en este mundo es, ciertamente, producto de la casualidad. Y a usted, querido lector, ¿cómo le va?